

razón latía con violencia; sus labios se secaban y se llenaban de espuma.

Sin embargo, decidió callar, comprendiendo que, en su posición, era la mejor táctica. De este modo, en efecto, no sólo no se comprometía, sino que hasta lograría irritar á su enemigo y arrancarle cualquier palabra imprudente. Por lo menos, tal era la esperanza de Rascolnikof.

—Veo que no lo creéis; pensáis que bromeo—agregó Porfirio, cada vez más alegre y sin dejar de pasearse.—Tenéis razón. Dios me dió un rostro que no despierta en los demás sino ideas cómicas; soy un bufón; pero excusad á un viejo. Vos, Rodion Romanovitch, estáis en la flor de vuestra edad, y como todos los jóvenes, apreciáis por encima de todo la humana inteligencia. Os seducen los atractivos del ingenio y las deducciones abstractas de la razón.

Pero volviendo al “caso particular” de que hablamos, os diré, caballero, que es preciso contar con la realidad, con la Naturaleza. Es una cosa importante, y ¡cómo triunfa á veces de la habilidad más consumada! Escuchad á un viejo, os lo digo seriamente, Rodion Romanovitch (al pronunciar estas palabras, Porfirio Petrovitch, que apenas contaba treinta y cinco años, parecía envejecer de pronto; una metamorfosis súbita se había obrado en su persona, y un cambio completo en su voz). Además, soy un hombre franco..... ¿No es verdad? Me parece que más franco no cabe serlo. Os confío estas cosas sin pedir os recompensa. ¡Ja, ja!

Pues bien, la agudeza del ingenio es, á mi entender, una gran cosa; es, por decirlo así, el ornamento de la

Naturaleza, el consuelo de la vida, y con ella se puede confundir á un juez de instrucción, que, de otra parte, en ocasiones se ve engañado por su propia imaginación, porque al fin y al cabo es hombre. Pero la Naturaleza sale en ayuda del pobre juez de instrucción. He aquí la desgracia; “he aquí en lo que no piensa la juventud, confiada en su inteligencia; la juventud, que atropella todos los obstáculos” (como dijisteis, de un modo tan discreto como ingenioso).

En el “caso particular” que nos ocupa, admito que el culpable mentirá magistralmente; pero cuando crea no tener que hacer otra cosa que recoger el fruto de su habilidad, ¡crae! se desmayará en el lugar mismo en que el accidente debe suscitar comentarios..... Supongamos que pueda explicarse un síncope por medio de un estado anormal, por lo asfixiante de la atmósfera de la sala. No por eso dejará de dar lugar á sospechas. Ha mentido de un modo incomparable, pero no ha sabido precaverse contra la Naturaleza. ¡He aquí dónde está el lazo!

Otras veces, animado de cierto humor burlón, se divertirá con quien sospeche de él, y para divertirse, fingirá ser el criminal buscado por la policía; pero hará demasiado bien el papel de buen hombre, representará la comedia con “demasiada naturalidad,” y este será un nuevo indicio. ¡Y nuestro hombre se comprometerá á cada momento! ¿Qué digo? Irá adonde no le llaman, pronunciará palabras imprudentes, alusiones cuyo sentido no se escapará á nadie..... ¡Ja, ja! Vendrá aquí á preguntar por qué no le han detenido..... ¡Ja, ja! Y esto puede ocurrirle á una persona

de agudo entendimiento. Pregúntese, si no, á un psicólogo, á un literato. La Naturaleza es el espejo más transparente. ¡Basta contemplarle! Pero ¿por qué palidecéis de tal modo, Rodion Romanovitch? Sin duda tenéis demasiado calor. ¿Queréis que abra la ventana?

—¡Oh, no os molestéis!—contestó Rascolnikof.

Y de repente rompió á reír.

—No hagáis caso de esto, os lo suplico.

Porfirio se detuvo frente á él, esperó un momento, y á su vez prorrumpió en una carcajada.

Rascolnikof, cuya hilaridad se había calmado súbitamente, se levantó.

—¡Porfirio Petrovitch!—dijo en voz clara y fuerte, aunque apenas pudiera tenerse sobre las piernas, que le temblaban.—No me cabe duda alguna de que sospecháis que yo asesiné á la vieja y á su hermana. Por mi parte, os declaro que hace ya tiempo que lo suponía. Si creéis tener derecho á perseguirme, á detenerme, hacedlo. Mas no permito que nadie se burle de mí ni me atormente.....

Sus labios empezaron á temblar, sus ojos despidieron llamaradas, y su voz, contenida hasta entonces, se elevó al más alto diapason.

—¡No lo permito!—gritó con brusquedad, asestando un vigoroso puñetazo sobre la mesa.—¿Oís, Porfirio Petrovitch? ¡No lo permito!

—¡Señor!.... Pero ¿qué os pasa?—gritó el juez de instrucción, muy inquieto al parecer.—“¡Batuchka!” ¡Rodion Romanovitch! ¡Amigo mío! ¿Qué os pasa?

—¡No lo consiento!—repitió Rascolnikof.

—¡Un poco más bajo, “batuchka!” Se os oirá, puede venir alguien..... ¿y qué le diríamos? Pensad en esto—murmuró Porfirio, aproximando el rostro al del visitante.

—¡No lo consiento! ¡no lo permito!—prosiguió maquinalmente Rascolnikof.

Pero había bajado la voz, de manera que sólo le oía Porfirio.

Este abrió la ventana.

—Es preciso ventilar la sala. ¿Queréis agua, querido amigo? ¡Un pequeño ataque sin duda!

Iba á llamar, cuando vió una botella con agua en un rincón.

—Bebed, “batuchka”—murmuró, acercándose al joven con el cacharro.—Quizá os siente bien.....

El asombro y la solitud del juez parecían tan sinceros, que Rascolnikof le examinó con sombría curiosidad, rechazando el agua que le ofrecía.

—¡Rodion Romanovitch, querido amigo! Si seguís así, os volveréis loco, os lo aseguro. Bebed, bebed, aunque no sea más que un sorbo.

Casi á la fuerza le puso el vaso en la mano.

Rascolnikof lo llevaba á los labios maquinalmente, cuando de pronto cambió de parecer y lo dejó con cierto disgusto.

—Sí, habéis sufrido un pequeño ataque. Tendréis tantos, querido amigo, que recaeréis en vuestra enfermedad—observó, con el tono más afectuoso, el juez, que parecía muy turbado.—¡Señor! ¿Cómo os cuidáis tan poco? Lo mismo que Demetrio Prokofitch, que ayers vino á verme..... Reconozco que tengo un hu-

mor cáustico, que mi carácter es insufrible; pero ¡Señor! ¡qué significado se da á veces á las más inofensivas ocurrencias! Sentaos, pues, “batuchka;” ¡sentaos, por amor de Cristo! A propósito: ¿Razumikin vino enviado por vos?

—No sólo sabía que os había ido á ver, sino que conocía el motivo de la visita—respondió secamente Rascolnikof.

—¿Lo sabíais?

—Sí, ¿qué? ¿Qué sacáis de eso?

—Deduzco, “batuchka,” Rodion Romanovitch, que conozco otros muchos hechos y movimientos vuestros; estoy informado de todo. Sé que al anochecer fuisteis á alquilar una habitación, y vuestras preguntas..... Comprendo la situación moral en que os hallabais; pero no es menos cierto que esa inquietud que os embarga concluirá por trastornaros el juicio. Noble es la indignación que sentís; pero habéis de quejaros, en primer lugar, al destino, y en segundo lugar á la policía. Vais de acá para allá, obligando en cierto modo á las gentes á lanzar acusaciones. Estas charlas estúpidas os son insoportables, y queréis concluir con todo ou seguida. ¿Verdad? ¿He adivinado los sentimientos á que obedecéis?..... Sólo que no os contentáis con perder la cabeza; hacéis que la pierda mi pobre Razumikin, y es lástima atentar contra tan buen muchacho. Su bondad le expone más que á otro cualquiera al contagio de vuestra enfermedad..... Cuando estéis tranquilo, “batuchka,” os referiré..... Pero sentaos, ¡por amor de Dios! Volved en vos, amigo, os lo suplico; estáis rendido; sentaos, pues.

Rascolnikof obedeció; un temblor nervioso agitaba todo su cuerpo. Escuchaba con profunda sorpresa á Porfirio, que le prodigaba demostraciones de interés. Mas no dió fe ninguna á las palabras del juez, aun cuando experimentaba cierta extraña inclinación á errerle, y hasta le impresionó sobremanera el oír que Porfirio le hablara de su visita á casa de la anciana.

—¿Cómo sabe esto, y por qué me lo cuenta él mismo?—pensaba el joven.

—Sí, se nos ha ofrecido en nuestra práctica judicial un caso psicológico casi análogo, un caso morboso—continuó Porfirio. Un hombre se acusó de un asesinato que no había cometido. Y no sólo se declaró culpable; contó una historia, una alucinación de que había sido víctima, y era un relato tan verosímil, parecía de tal modo conforme con los hechos, que se impugnaba toda contradicción. ¿Cómo explicarle esto? Sin que fuera culpable, el individuo aquel había sido, en parte, causa de un asesinato. Cuando se enteró de que, á su pesar, había facilitado la ejecución del crimen, sintióse tan desolado, que su razón se turbó y llegó á creerse el asesino. El tribunal competente juzgó el hecho, y del proceso resultó que el infeliz en cuestión era inocente. ¿Qué hubiera sido de este pobre diablo sin la prudencia del Tribunal? He aquí á lo que estáis expuesto, “batuchka.” ¿No es un monomaniaco el que por las noches va á las casas á tirar del cordón de las campanillas y á hacer preguntas sobre sangre?..... En el ejercicio de mi carrera estudié toda esa psicología. Un atractivo de idéntico género es lo que conduce á los hombres á arrojarse por la ventana ó desde lo alto de

una torre.... ¡Estáis enfermo, Rodion Romanovitch! No tuvisteis cuidado cuando se inició vuestra enfermedad. Debisteis consultar á un médico experimentado, en lugar de hacerlos visitar por el obeso Zosimof.... Todo es, en vos, efecto del delirio.....

Durante breves instantes, Rascolnikof creyó ver que todos los objetos daban vueltas á su alrededor.

—¿Es posible que mienta en este momento?—se preguntaba.

Y hacía esfuerzos para rechazar aquella idea, representándose el exceso de loca rabia á que podría conducirle.

—¡No deliraba, estaba en todo mi juicio!—exclamó, mientras torturaba su cerebro, á fin de penetrar en el de Porfirio.—Estaba en mi juicio. ¿Comprendéis?

Comprendo. Ya dijisteis ayer que delirabais; hasta insististeis sobre este punto. Comprendo cuanto podáis decir. ¡Ja, ja!.... Mas permitidme que os someta á una nueva observación. Si, en efecto, fuerais culpable ó hubierais tomado parte en tan malhadado asunto, ¿sostendríais que no hicisteis esto delirando, sino con pleno conocimiento? A mi entender, sería lo contrario. ¿Verdad?

El tono de la pregunta permitía suponer que ocultaba un lazo. Al pronunciar las últimas palabras, Porfirio Petrovitch se había inclinado hacia Rascolnikof. Este se recostó en el respaldo del diván, y silenciosamente contempló á su interlocutor.

Lo mismo que en lo referente á la visita de Razumikin. Si fuerais culpable, ¿á qué vino á mi casa asegu-

rando que ignorabais su visita? Y, lejos de ocultar esto, vos afirmáis, por el contrario, que le enviasteis.

Rascolnikof no había afirmado. Por la espina dorsal le corría un frío intenso.

—¡No hacéis más que mentir!—dijo en voz reposada y débil, esbozando una penosa sonrisa.—Queréis demostrarme que leéis, que adivináis mis respuestas—continuó, conociendo que ya no pesaba sus frases como debía.—Queréis asustarme..... ó hacer burla de mí.....

Al hablar de este modo, Rascolnikof no dejaba de mirar atentamente al juez de instrucción. De repente, una violenta cólera se retrató en sus miradas.

—Mentís—exclamó;—sabéis perfectamente que la mejor táctica para un culpable es confesar aquello mismo que le es imposible tener oculto. ¡No os creo!

—¡Cómo sabéis retractaros!—bromeó Porfirio.—Pero sois demasiado testarudo, “batuehka,” y esto es efecto de vuestra monomanía. ¿No me creéis? Pues yo pienso que me creéis ya algo, y haré que me creáis por completo, porque os aprecio sinceramente y me intereso mucho por vos.

Empezaron á agitarse los labios de Rascolnikof.

—Sí, quiero vuestro bien—prosiguió Porfirio, cogiendo del brazo al joven.—Os lo digo por última vez: cuidaos esa enfermedad. Además, ya que vuestra familia está en San Petersburgo, pensad en ella. Debíais hacer la dicha de vuestros parientes, y, por el contrario, sólo inquietudes les causáis.....

—¿Y qué os importa? ¿Cómo lo sabéis? ¿Por qué

os mezcláis en esto? ¿Es que me vigiláis y queréis dár-melo á entender?

—“¡Batuchka!” ¡Pero..... vamos..... si es por vos mismo por quien lo he sabido! ¿No veis que, en vuestra agitación, habláis espontáneamente de vuestros asuntos, tanto á mí como á los demás? Me interrumpisteis cuando iba á deciros que, no obstante vuestro talento, dejasteis de mirar de un modo sano las cosas, á causa de vuestro humor receloso. Si yo os creyera culpable, mi línea de conducta habría sido desvanecer vuestra desconfianza, atraer vuestra atención sobre otro punto, y de pronto asestaros el golpe de gracia preguntándoos: ¿qué fuisteis á hacer en casa de la víctima? ¿Por qué preguntasteis esto y lo otro? He aquí cómo hubiera procedido creyéndoos culpable: os hubiese sometido á un interrogatorio en regla, hubiese ordenado un registro domiciliario, y me hubiera apoderado de vuestra persona..... ¡Puesto que obré de otro modo, señal de que no sospecho! Pero perdisteis el sentido justo de las cosas, y no veis nada, os lo repito.

Rascolnikof tembló, y de ello Porfirio se dió cuenta.

—¡Seguís mintiendo!—vociferó el joven.—No sé cuáles son vuestras intenciones, pero seguís mintiendo..... No ha mucho me hablasteis en este sentido, y no puedo hacerme ilusiones. ¡Mentís!

—¿Miento?—replicó Porfirio, con aparente vivacidad, pero conservando el aire más jovial y sin parecer dar importancia al parecer de Rascolnikof.—¿Miento? Pero ¿cómo procedí con vos hace poco? Yo, juez de instrucción, os sugerí dos argumentos de orden psico-

lógico que podíais hacer valer: la enfermedad, el delirio, los sufrimientos de amor propio, la hipocondría, etcétera, etc. ¿No es verdad? ¡Ja, ja! Ciertamente, dicho sea de paso, que tales medios de defensa no se tienen en pie; encierran dos fines; se pueden volver contra vos. Si decís: “Estaba enfermo, deliraba, no sabía lo que hacía, de nada me acuerdo,” se os responderá: “Todo eso está bien, “batuchka;” mas ¿por qué el delirio siempre afecta en vos el mismo carácter? ¿Podía manifestarse en otras formas!” ¡Ja, ja!

Rascolnikof se levantó, y mirándole con desprecio:

—En conclusión—dijo,—quiero saber si soy ó no sospechoso para vos. ¡Hablad, explicaos sin ambages, y pronto!

—¡Dios mío! ¡Sois como un niño que pide la luna!—prosiguió el otro en su tono acostumbrado.—¿Para qué deseáis saber tanto, si ya os dejé tranquilo? ¿Por qué venís aquí cuando no se os llama? ¿Cuáles son vuestras razones? ¡Ja, ja!

—¡Os repito—gritó furiosamente Rascolnikof—que no puedo tolerar!.....

—¡Qué! ¿La incertidumbre?—interrumpió el juez de instrucción.

—¡No me sigáis empujando!..... ¡No quiero!.... ¡Os digo que no quiero! ¿Me oís?—agregó, con voz de trueno, Rascolnikof, descargando otro puñetazo sobre la mesa.

El juez de instrucción no ofrecía ya aquel falso aire de aldeano que finge bondad; fruncía las cejas, hablaba como amo, y parecía dispuesto á arrojar la careta. Pero aquella nueva actitud duró un instante.

Al principio, intrigado Rascolnikof, entró en un sú-

bito acceso de cólera; sin embargo, ¡cosa extraña! aun entonces, no obstante hallarse en el colmo de la exasperación, obedeció á la orden de hablar en voz más baja. Por otra parte, pensaba que no podía obrar sino de aquel modo, y este pensamiento contribuyó á irritarle.

—¡No me dejaré martirizar!—murmuró.—Detenedme, registradme, haced pesquisas; pero proceded en forma, y no hagáis de mí un juguete. No tengáis la audacia.....

—No os inquiete la forma—interrumpió Porfirio en tono burlón, mirando al otro con cara de júbilo.—¡Familiarmente, “batuchka,” como amigo, os invité á que vinierais á verme!

—¡No quiero vuestra amistad! ¡La desprecio! ¿Oís? Y ahora me retiro. ¿Qué diréis ahora, si tenéis intención de detenerme?

En el momento en que se acercaba á la puerta, Porfirio volvió á asirle del brazo.

—¿No queréis que os dé una pequeña sorpresa?—bromeó el juez de instrucción.

Parecía más alegre cada vez, cada vez más chocarreo, lo que acabó de poner á Rascolnikof fuera de sí.

—¿Qué pequeña sorpresa? ¡Qué queréis decir?—preguntó el joven, deteniéndose de pronto y mirando á Porfirio con inquietud.

—Una pequeña sorpresa que tengo detrás de la puerta. ¡Ja, ja, ja!..... Hasta la he encerrado bajo llave, para que no se vaya.

—¿Qué es eso? ¿Dónde? ¿Qué?

Rascolnikof se acercó á la puerta, y quiso abrirla; pero no pudo.

—Está cerrada. Aquí está la llave.

Diciendo esto, la sacó del bolsillo y se la enseñó á Rascolnikof.

—¡Continuáis mintiendo!—rugió éste, ya fuera de sí.—¡Mientes, polichinela maldito!

Y trató de arrojarle sobre Porfirio, que retrocedió hacia la puerta, sin mostrar, por lo demás, miedo alguno.

—¡Todo, todo lo comprendo!—vociferó Rascolnikof.—Mientes y me irritas para que me haga traición....

—¡Pero si no tenéis por qué hacérosla, “batuchka,” Rodion Romanovitch! ¡Ya véis en qué estado estáis! No gritéis, ó llamo.

—¡Mientes! ¡Llama á los tuyos! Sabías que estaba enfermo, y has querido exasperarme, empujarme, para arrancarme confesiones. ¡He aquí tu objeto! ¡No, muestra tus pruebas! ¡Lo he comprendido todo! ¡No tienes pruebas; no cuentas sino con miserables suposiciones, con las conjeturas de Zametof!..... Conocías mi carácter; quisiste hacerme salir fuera de mí, llamar de pronto á los “popes” y delegados..... ¿Los aguardas? ¿Eh? ¿A qué esperas? ¿Dónde están? ¡Que se presenten!

—¿Qué decís de delegados, “batuchka”? ¡Vaya unas ideas! La forma, para emplear vuestro lenguaje, no permite hablar de ese modo. No conocéis el procedimiento, querido amigo..... Pero será observada la forma, pronto lo veréis con vuestros propios ojos..... —murmuró Porfirio, que escuchaba con el oído pegado á la puerta.

Notábase cierto ruido, efectivamente, en la habitación inmediata.

—¡Ah, vienen!—exclamó Rascolnikof.—¡Los mandaste llamar!..... ¡Los esperabas! ¡Habías contado!..... ¡Bueno, que pasen todos: delegados, testigos! ¡Haz entrar á quien quieras! ¡Estoy pronto!

Pero en aquel momento ocurrió un incidente extraño y tan fuera del ordinario curso de las cosas, que ni Rascolnikof ni Porfirio hubieran podido preverlo.

VII

He aquí el recuerdo que la escena dejó en el cerebro de Rascolnikof.

El ruido que se producía en la habitación vecina aumentó súbitamente, y la puerta se entreabrió.

—¿Qué hay?—gritó, encolerizado, el juez instructor.—Ya he advertido que.....

No hubo respuesta; pero la causa del alboroto se adivinaba en parte: alguien quería entrar en el gabinete de Porfirio, y otra persona trataba de impedirlo.

—¿Qué pasa ahí?—preguntó inquietamente Porfirio.

—Es el acusado Nicolás—dijo una voz.

—¡No le necesito! ¡No deseo verle! ¡Lléváosle! ¡Esperad!..... ¿Por qué le habéis traído aquí? ¡Qué desorden!—gruñó Porfirio, lanzándose hacia la puerta.

—El fué quien.....—agregó la misma voz, que calló de improviso.

Durante dos segundos oyóse un rumor de lucha entre dos hombres; luego, uno de ellos fué rechazado furiosamente por el otro, que, bruscamente, penetró en el gabinete del juez de instrucción.

El recién llegado tenía extrañísimo aspecto. Miraba

de frente, pero parecía no ver á nadie. La resolución se leía en sus ojos, y al mismo tiempo, su rostro estaba lívido como el de un reo conducido al cadalso. Sus labios, blanquísimos, temblaban ligeramente.

Era un hombre todavía muy joven, flaco, de mediana estatura y vestido como un obrero.

Aquel á quien acababa de rechazar, penetró tras de él en la sala y le puso ambas manos en los hombros. Era un guardia.....

Nicolás volvió á desasirse de él.

En el dintel de la puerta se agolparon muchos curiosos, algunos mostrando deseos de entrar. Todo había pasado en menos tiempo del necesario para contarlo.

—¡Vete! ¡Aún es demasiado pronto! ¡Espera á que se te llame!..... ¿Por qué le trajisteis tan pronto?—gritó el juez de instrucción, cada vez más sorprendido.

—¡Perdón! ¡Soy culpable! ¡Soy el asesino!—dijo bruscamente Nicolás, en voz bastante fuerte, no obstante la emoción que le ahogaba.

Durante diez segundos reinó el más profundo silencio, durante el cual todos permanecieron estupefactos; el gendarme no trató de volver á sujetar al preso, y se dirigió maquinalmente hacia la puerta, donde esperó inmóvil.

—¿Qué dices?—gritó Porfirio, cuando su sorpresa le permitió hablar.

—Soy..... el asesino.....—repitió Nicolás, arrojándose.

—¿Cómo, cómo?..... ¿A quién has asesinado?

El juez de instrucción estaba visiblemente confuso.